

Cómo formar a la generación digital

Magazine | 19/04/2013 - 12:50h



Meritxell Duran

MARTA RICART GABRIEL

La revolución tecnológica ha cambiado ya muchos aspectos de nuestras vidas, hábitos sociales e industrias enteras, desde el consumo de música y de publicaciones hasta la manera de entretenerse, de comprar... Y también cambia la manera de acceder al conocimiento. Hay que aceptarlo y adaptarnos a ello”.

Esta reflexión la hace la socióloga especialista en comunicación **Imma Tubella**, que ha trabajado en la innovación universitaria en sus más de siete años como rectora de la **Universitat Oberta de Catalunya (UOC)** –dejó el cargo el día 3– y que ocupa una cátedra del **Collège d’Études Mondiales de París**. Este organismo, auspiciado por el Gobierno francés e instituciones como la **Universidad de la Sorbona**, reúne a especialistas de las ciencias técnicas y sociales (entre ellos, cuatro **Nobel**) para refrescar el pensamiento mundial y repensar la educación superior.

Son muchos los expertos en educación que consideran que la enseñanza no responde adecuadamente, de manera mayoritaria, a las nuevas exigencias sociales, a la formación que debería darse a los jóvenes del siglo XXI para facilitarles, por ejemplo, un exitoso desembarco en el mercado laboral. Afirman que mucho de lo que se les enseña no les sirve luego, de lo que se culpa en parte por que muchos abandonen sus estudios.

“Ciertamente, es necesario que la universidad se adapte al mundo actual, sobre todo mirando al empleo; si no, el resultado es catastrófico, por ejemplo en España, donde se ve por los titulados que no encuentran trabajo. Hoy, se sigue formando a universitarios pensando en empleos en grandes empresas tradicionales más que en los nuevos trabajos o para ser emprendedores”, asegura el especialista estadounidense en educación **Charles Fadel**, fundador y responsable del **Center for Curriculum Redesign**, colaborador de destacadas instituciones y universidades y coautor de un libro que ha sentado cátedra, **21st Century Skills** –no traducido al español–.

“En Francia –cuenta Tubella–, la École Centrale de París (histórica escuela de ingenierías) hace ya tiempo que empezó a señalar la necesidad de cambiar porque vio que la formación de sus ingenieros seguía siendo más pensada para la industria del siglo XIX y XX que la del XXI. Hoy no se puede formar para un mundo que ya no existe, no se puede seguir haciendo lo que se hacía”. El mundo ya no es el mismo que el de sólo 10 o 15 años atrás. La gran implantación de las nuevas tecnologías en la sociedad (ordenadores, tabletas, teléfonos móviles, internet, redes sociales) ha cambiado muchos aspectos, hábitos de vida, y más aún en las generaciones jóvenes, que crecen familiarizadas con este mundo, por algo se las llama generación net o IM (por mensaje instantáneo, en inglés), o nativos digitales...

Advierten algunos educadores que estas generaciones ya deben enseñarse teniendo en cuenta efectos de ese mundo digital como que no conciben no participar ni poder elegir; exigen respuestas inmediatas; cuesta más retener su atención en un único tema; les resulta fácil trabajar en red, relacionar aspectos... Pero a la mayoría se les educa con pocas diferencias respecto a 20 años atrás.

El mundo tecnológico cambia conceptos básicos. “Antes podías decir a un alumno que buscara en la enciclopedia si necesitaba una información y lo que hallaba se daba por válido, aceptado en general. Ahora, aprender también consiste en manejar la información, buscar entre la hiperinformación que hay en internet, interpretarla, resolver datos conflictivos o saber crear información y comunicarla”, subraya **Andreas Schleicher**, responsable del programa **PISA** de la **Organización de Cooperación y Desarrollo (OCDE)**, que evalúa los conocimientos de los alumnos de distintos países a los 15 o 16 años, al final de la enseñanza obligatoria.

La escuela, la universidad, condensadas en la foto fija de una clase magistral, del profesor hablando a unos alumnos sentados en sus pupitres y escuchándole, se antoja obsoleta, aunque sea una realidad todavía en buena medida. La educación debe adaptarse a la sociedad digital, entre cuyos rasgos definitorios están ese acceso, inabarcable e inmediato, a toda la información, al conocimiento, así como su capacidad de interacción y de personalización.

En los últimos años, expertos, profesorado, padres, instituciones educativas y no educativas, públicas y privadas, se han volcado en repensar este cambio, que debe hacerse a marchas forzadas para evitar que los alumnos caigan en la brecha digital. Se avanza relativamente rápido en el aprovechamiento de las posibilidades educativas de las tecnologías. En el ámbito universitario, los centros de más prestigio como el **MIT**, **Stanford** o **Harvard** de **EE.UU.**, han liderado el proceso de verter sus conocimientos en la red. Se ha multiplicado la oferta universitaria on line y las plataformas de universidades, profesores, alumnos (Coursera, Udacity, edX...) que vuelcan conocimiento en la red.

La última revolución son los **MOOC** (*massive open online courses*), los cursos de profesores universitarios accesibles a cualquier tipo de persona por internet y de forma gratuita, cuando hasta ahora muchos eran de élite. Estos cursos permiten llevar los estudios de **Princeton**, la **Autònoma de Barcelona** o la **Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)**, por ejemplo, a alumnos de todo tipo y de todo el mundo –como una idea nacida en EE.UU., también se la acusa de colonizar con el modelo americano–. Algún estudio ya ha constatado que sólo el 10% de los inscritos finaliza el curso y sólo la mitad se evalúa, pero la oferta atrae a cualquiera. Va desde “Algoritmos II” (curso de siete semanas) hasta “Desarrollo democrático” (10 semanas) o “Introducción a la guitarra” (seis semanas). Desde la iniciación a la cuántica o a la alta cocina, hasta el nivel más elevado en el último software.

“Lo que estamos viendo son tendencias aún, pero muestran cómo puede ser el futuro. Y lo que se está viendo es que muchos estudiantes empiezan a hacerse sus planes de estudios. No quieren ir un año, tres o cuatro, a una universidad, hacer un grado o posgrado, sino estudios más flexibles, eligen qué quieren saber o qué necesitan saber y lo buscan. Que uno quiere montar un negocio de comercio electrónico: hace un curso de emprendedor, otro de contabilidad, otro de e-comercio... No me cabe duda de que la universidad tradicional deberá revisar su oferta o la gente no se inscribirá”, explica Imma Tubella.

El cambio para las universidades puede ser enorme. Una encuesta entre expertos y profesores del **Pew Research Center de EE.UU.** indicaba que el 60% creía que en el 2020 la universidad sería muy distinta de la actual. No se cree que desaparezcan los campus, pero sí que se reduzcan, que se centren en laboratorios... –en EE.UU. se especula con qué pasará con los equipos deportivos de sus campus–. La diversa oferta universitaria on line y la personalización, la opción de picotear estudios en uno u otro centro difumina el concepto de formación reglada y no reglada y obliga a modificar los métodos de evaluación y acreditación de conocimientos, que no serán gratuitos.

Han surgido agencias que evalúan conocimientos, así como los pasaportes y certificados de conocimientos, que recogen en qué ámbitos se ha formado una persona, para optar a un empleo, por ejemplo. Pero aún no se ha definido quién debe acreditar y cómo se generaliza y garantiza la calidad de esa acreditación.

No es una cuestión fácil, como bien sabe **Rafael Llavori**, jefe de la unidad de relaciones institucionales e internacionales de la **Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (Aneca)**, dependiente del Gobierno español) y miembro del comité ejecutivo de la **ENQA**, la asociación de agencias de calidad europeas. Estos organismos son los encargados de evaluar la calidad de las instituciones y los programas universitarios (plantillas de profesorado, sistemas de enseñanza y evaluación..., aunque no los conocimientos de los estudiantes). “Definir la formación ideal de hoy es muy difícil –dice–, pues no podemos pretender formar a supermen y superwomen. Normalmente, la gente cursa estudios de manera vocacional o pensando en el futuro profesional, pero es verdad que el marco ha cambiado y hay una formación extra, que no se ciñe a los programas tradicionales”.

Justo ahora se empiezan a evaluar en España las titulaciones (grados y másters) aprobadas dentro del **Espacio Europeo de Educación Superior (EEES)**, el llamado plan de Bolonia para renovar y armonizar los estudios universitarios de los países europeos. Esos estudios deberían habilitar a los jóvenes de hoy en adelante para un mejor recorrido profesional.

Explorar cómo se puede enseñar con las nuevas tecnologías ha dejado en un segundo plano la revisión de qué se enseña, de los contenidos, aunque la mayoría de los expertos admite que esta renovación es imprescindible. “Las universidades se preguntan qué deben enseñar, pero pocas tienen aún la respuesta –reconoce **Charles Fadel**–. Están presionadas por los cursos on line, el endeudamiento de los estudiantes... las grandes instituciones se mueven, pero la mayoría de los centros es de nivel medio”.

Cambiar cómo y qué se enseña plantea grandes dificultades pues supone modificar la formación de los docentes, crear materiales... Hay problemas como, por ejemplo, que hoy se exige formar para trabajos o para manejar tecnologías “que aún ni se han creado siquiera”, advierte **Andreas Schleicher**.

¿Deberían dejar de enseñarse asignaturas tradicionales? Quizás, pero nadie se atreve a decir cuáles. Sí que deberán revisarse temarios, eliminar lo anticuado para dejar lugar a nuevas áreas con las que manejarse en la tecnociencia o el mundo económico. Los estudiantes del siglo XXI deberán seguir adquiriendo conocimientos de Lengua, Historia, Geografía, Arte, Ciencias, Matemáticas; pero además, nociones de economía e iniciativa empresarial, de conciencia global y civismo, de medioambientalismo...

Fadel, como otros especialistas en innovación educativa, subraya la importancia de “enseñar habilidades, competencias (skills), junto a inculcar conocimientos”. El objetivo es “enseñar a aprender”, dice, porque se considera que en este mundo cambiante se deberá seguir aprendiendo.

Existen listados de esas competencias que debería adquirir todo estudiante: pensamiento crítico y capacidad para la resolución de problemas; dominio de la comunicación oral y escrita; capacidad de manejarse con las tecnologías y de analizar la información; curiosidad; creatividad. Otros añaden el dominio de idiomas; responsabilidad cívica y ética; colaboración; motivación; agilidad, adaptabilidad; iniciativa; espíritu emprendedor y de liderazgo.

Surgen matices, según se piense en formar una mente intelectual; en formar a los **Steve Jobs** o **Bill Gates** del futuro... Hay fórmulas como la del 70/20/10, que intenta enseñar según la idea que el 70% del aprendizaje se hace de la vida real, la experiencia laboral y resolviendo problemas –sólo el 10% se adquiere en la enseñanza formal, y el otro 20%, de trabajar con modelos de comportamiento–. En cualquier caso, Matemáticas, Lengua u otras asignaturas se consideran una vía para adquirir estas habilidades.

En adelante, seguramente si alguien quiere ser profesor de **Matemáticas**, saber comunicación le ayudará. O no se puede tener un discurso crítico sin estudios de letras, de humanidades..., creen los especialistas. “La habilidad de aprender es importante, pero en realidad siempre aprendemos a través de aprender algo”, precisa Schleicher en lo que suena a trabalenguas. Quiere decir que las materias básicas se enseñarán, pero de forma distinta.

“El éxito de la educación –continúa– no radica en que el alumno aprenda unos contenidos sino en que lo que sepa lo pueda extrapolar, aplicar en nuevas situaciones. Por ejemplo, la cuestión no es si hay que enseñar Matemáticas de manera más o menos rigurosa, sino asegurarse que no son para el alumno un mundo de teoremas y ecuaciones, sino un lenguaje que le ayude a describir, estructurar y entender el mundo, cuando tradicionalmente se enseñan como algo abstracto. Y lo mismo con otras materias”.

Charles Fadel subraya la necesidad de un equilibrio, tanto en la educación universitaria como en etapas previas, “entre teoría y práctica y entre lo tecnológico y lo social”. Y subraya que, sobre todo, hay que entender en la universidad “el mundo de fuera, cuando la mayoría de los académicos hoy no tiene esta perspectiva”. “La educación debe centrarse más en maneras de pensar de forma crítica y creativa, de resolver problemas y tomar decisiones, en maneras de trabajar incluyendo la comunicación y colaboración, explotando las herramientas tecnológicas y sin olvidar la capacidad de vivir en un mundo multifacético como ciudadanos activos y responsables”, resume Schleicher.

Así, defiende la necesidad de formar a mentes capaces de buscar conexiones creativas entre diferentes campos, es decir multidisciplinares, algo que ahora sólo se incentiva en **Europa** en los países nórdicos, dice. “Se ha acabado el mundo dividido entre generalistas y especialistas –asegura–, cada día más cuentan los versátiles, capaces de aplicar competencias en profundidad y en un creciente abanico de situaciones, experiencias, capaces de adquirir nuevas habilidades, de construir relaciones, asumir nuevos roles, adaptarse, crecer y reposicionarse en un mundo en cambio”. “En adelante –coincide Llavori–, una persona ya no trabajará en una única cosa el resto de su vida. Y no debe verse como negativo, puede ser un cambio profesional a mejor, pero exigirá competencias diversas”.

“El plan de **Bolonia** suponía un esfuerzo para dar flexibilidad a los estudios superiores (los grados) de cara al mercado laboral y enfocarlos a competencias concretas gracias al máster”, indica Llavori. Se tendía así al modelo estadounidense de estudios inicialmente generalistas y después especializándose en ámbitos determinados. Otra cosa es que, con la crisis, se duda de que se haya podido llevar los planes de Bolonia a su recta final.

“El plan de Bolonia en su base seguramente buscaba esa transformación universitaria necesaria para el futuro, pero en mi opinión ha quedado en una armonización de créditos. En cambiar contenidos se ha avanzado poco, porque quienes planteaban la reforma eran lo que impartían contenidos tradicionales”, indica Tubella.

La crisis, la volatilidad económica, la incertidumbre para los próximos años, añaden presión al cambio acelerado de la educación superior. En **EE.UU.** acucia el problema del caro acceso a la universidad, que hace que muchos estudiantes estén endeudados durante muchos años, lo que condiciona su futuro laboral. En **España** (y otros países europeos), aparte del aumento de las tasas universitarias, que también puede limitar el acceso, la universidad ve la necesidad de resituarse en un contexto de gran reducción de fondos públicos, que ya no se cree que sea coyuntural.

“Las universidades no pueden continuar haciendo lo que hacían, no nos engañemos, hay que repensarlas. ¿Se puede hacer? Sí, Y eso no es malo, no es sólo por la crisis, obedece al cambio social”, asegura Imma Tubella.